

cilla cuenta el lance en su conocido poema épico "La Araucana", en el Canto XXXVI, estrofa 33.

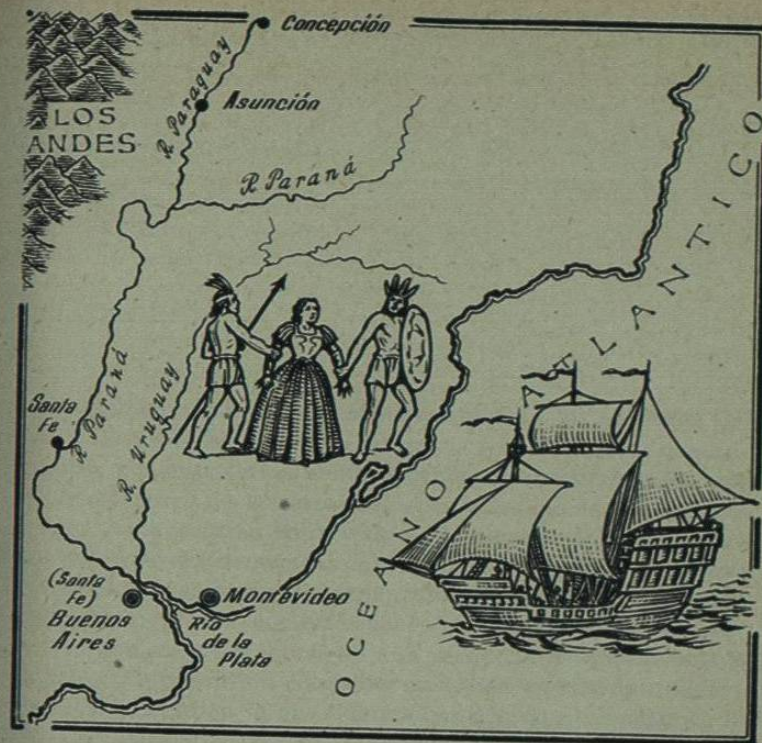
Las damas de Chile siguieron mostrando en todo momento el espíritu varonil que, al parecer, habían heredado de Inés Suárez. Años más tarde de los sucesos que venimos historiando, el pintoresco viajero del mundo, Pedro Ordóñez de Ceballos, recogió un hecho semejante al que protagonizó doña María de los Nidos, y que cuenta de esta manera: "Otro hecho semejante acaeció el mismo año y día y circunstanciado casi de la misma manera, en las provincias de Chile, en la ciudad de la Concepción. Y es que entrándola los indios, ganaron la media y toda la plaza; y no pudiendo los españoles resistir su grande y furioso ímpetu, porque eran muchos, se retiraron al campo. Estaba a la sazón una señora española llamada doña Beatriz enferma, y oído el ruido salió a una ventana y vista la retirada de los españoles, con un pecho varonil y con un entrañable sentimiento les dió voces tratándolos de lebrones y que cómo degeneraban del valor, brío y esfuerzo español. Dijoles razones tan fuertes y valerosas que con ellas les hizo cobrar nuevos bríos y alientos tan animosos que, volviendo sobre ellos los vencieron a los indios, y los que tenían ya la victoria muy por suya los dejaron vencidos" (23).

7) LA PRIMERA COMADRONA DE CHILE

Mención especial merece, por la importancia de su misión la persona de doña Isabel Bravo, que fué la primera mujer que de una manera legal ejerció en Chile la profesión de comadrona. Había residido anteriormente durante bastante tiempo en el Perú, y en la ciudad de Lima, después de haber ejercido durante varios años sus funciones, obtuvo el título oficial de manos del célebre médico Francisco Gutiérrez en 1568. Pasó después a Chile y el Cabildo de Santiago aprobó este título quedando allí doña Isabel Bravo en el ejercicio de su profesión (24).

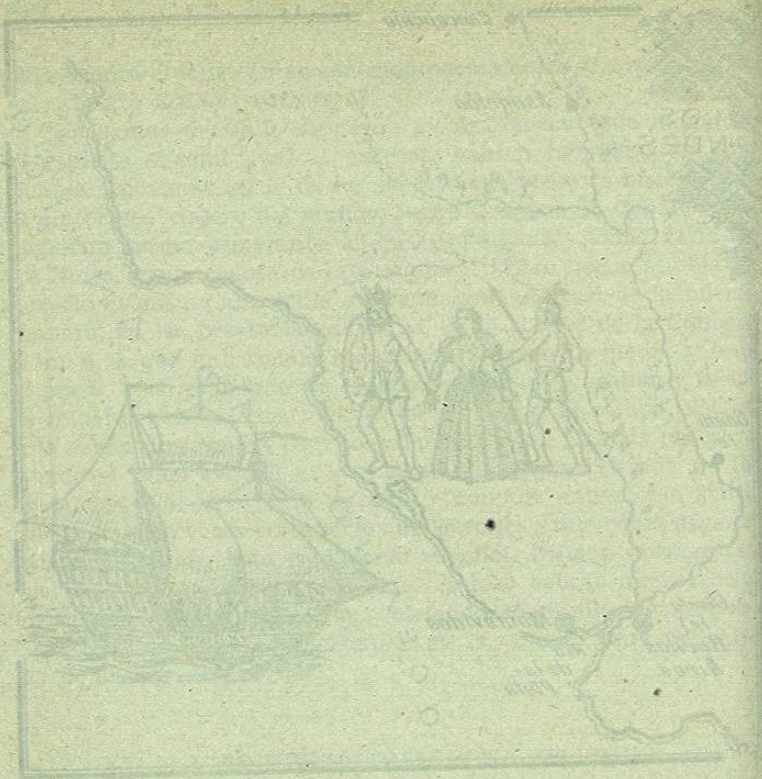
(23) PEDRO ORDÓÑEZ DE CEBALLOS, *Viaje del Mundo*, p. 253.

(24) ALEJANDRO FUENZALIDA, *Evolución Social de Chile (1541-1810)*. Santiago de Chile, 1910, p. 344.



CAPITULO X

MUJERES EN EL PLATA



CAPÍTULO X
Mujeres en el Plata

Posiblemente son menos explícitos todavía los cronistas del Plata y menos extensos en sus referencias a las mujeres que anduvieron por sus tierras con los primeros conquistadores, que los historiadores de las otras regiones americanas. En muchos de ellos, ha sido tarea vana tratar de hallar dato alguno sobre aquellas primeras denodadas mujeres que viajaron por las que estaban llamadas a ser tan importantes regiones de la España ultramarina; lo más que en muchos casos ha sido posible encontrar, son meros nombres—y aún escasísimos—que apenas si nos hubieran permitido componer una lista exigua de mujeres, en forma parecida a la que hubiéramos podido entresacar de la “Lista de pasajeros de Indias”, pero esto es muy contrario a nuestro propósito como llevamos dicho. Nuestro deseo es encontrar referencias de mujeres a las que podamos seguir en alguna actividad viva y por lo tanto poder acercarnos a ellas como seres que vivieron, sufrieron, colaboraron y actuaron junto a los hombres de España, llevando con ellos la vida, los modos, la sangre y por tanto la cultura de su país.

Afortunadamente, algún cronista del Plata nos ha permitido conseguir en alguna medida este propósito del mismo modo que las largas rebuscas nos lo han hecho posible para otras regiones de América.

No se conocen datos acerca de las mujeres que pudieron acompañar a Solís en la expedición que descubrió el Plata dándole el nombre suyo al gran estuario sudamericano.

CAPÍTULO X
Mujeres en el Plata

1) PRIMERAS MUJERES EN EL PLATA. LUCÍA MIRANDA

Pero sabemos, y con cierta minuciosidad, de algunas que ya fueron en la siguiente expedición, encaminada a ampliar los conocimientos y las tierras descubiertas por la primera.

Esta expedición fué, como se sabe, la de Sebastián Caboto. Después de haber realizado éste su exploración con un éxito muy mediado, resolvió volver a España, pero pensó dejar allí una guarnición de ciento diez soldados, al mando del capitán don Nuño de Lara. Hizo levantar un fuerte que se denominó de Santi-Spiritus, en las tierras de los indios timbúes con cuyos caciques habían mantenido una buena amistad, y en dicho fuerte se establecieron los expedicionarios que quedaban.

Como es frecuente en los cronistas de las Indias nada se había dicho hasta entonces de que hubiese mujer alguna, pero un acontecimiento inesperado, que colocó a una mujer en circunstancias excepcionales, descorre al fin el velo, y podemos enterarnos de aquellas vidas heroicas.

Entre las gentes dejadas con don Nuño de Lara, había varias mujeres, y una de ellas, de excepcional belleza, se llamaba Lucía Miranda. Los caciques de los indios citados, mantenían generoso trato con los españoles, y aún les proveían de comida, de la que, como gente dedicada al cultivo del campo, estaban bien abastecidos. Este trato frecuente fué la causa de que uno de los caciques se enamorara perdidamente de Lucía Miranda, y diese lugar a la serie de acontecimientos que siguieron. "Estos dos caciques eran hermanos, el uno llamado Mangoré y el otro Siripó, ambos mancebos como de treinta a cuarenta años, valientes y espertos en la guerra, y así de todos muy temidos y respetados, y en particular el Mangoré, el cual en esta ocasión se aficionó de una muger española, que estaba en la fortaleza, llamada Lucía Miranda, casada con un Sebastián Hurtado, naturales de Ecija" (1).

"A esta señora—sigue el cronista—hacía el cacique muchos regalos y socorros de comida, y en agradecimiento ella le daba

(1) "Historia del Descubrimiento, Conquista y Población del Río de la Plata, escrita por Ruidíaz de Guzmán, conquistador". Asunción (Paraguay), 1845, cap. VII, p. 30.

amoroso tratamiento, con lo que vino el bárbaro a aficionarse tanto, y con tan desordenado amor, que intentó hurtarla por los medios a él posibles. Convidando a su marido que se fuese algún día a entretener a su pueblo, y a recibir de él buen hospedaje y amistad, con buenas razones se le negó Hurtado, y visto que por aquella vía no podía salir con su intento por la compostura y honestidad de la muger y recato del marido, vino a perder la paciencia con grande indignación y mortal pasión, con la cual ordenó contra los españoles (debajo de amistad) una alevosa traición pareciéndole que por este medio sucedería el negocio de manera que la pobre Señora viniese a su poder, para cuyo efecto persuadió al otro cacique su hermano..." (2).

No fué empresa fácil para Mangoré persuadir a su hermano—según nos cuenta el cronista—a que declarase la guerra a unas gentes con las que convivían pacíficamente, pero la pasión de Mangoré era tanta y sus ruegos tan encendidos, que al fin ambos hermanos se decidieron a actuar tan pronto como se presentase la ocasión favorable.

Había necesidad de comida en el fuerte, y no bastando la que traían los indios, que parecían sentirse algo negligentes desde hacía algún tiempo, decidió enviar el capitán cuarenta de sus hombres, por aquellas tierras próximas a buscar lo necesario. "Salido, pues, el bergantín, tuvo Mangoré por buena esta ocasión, y mucho más por haberse ido con los demás Sebastián Hurtado, marido de Lucía, y así luego se juntaron por orden de los caciques más de cuatro mil indios, los cuales se pusieron de emboscada en un sauzal, que estaba media legua del fuerte en la orilla del río, y para con más facilidad conseguir su intento y fuese más fácil la entrada en la fortaleza, salió Mangoré con treinta mancebos muy robustos cargados con comidas de pescado, carne, miel, manteca y maíz, con lo cual se fué al Fuerte, donde con muestras de amistad lo repartió, dando la mayor parte al capitán y oficiales, y lo restante a los soldados, de quien fué muy bien recibido y agasajado de todos, posentándosele dentro del fuerte aquella noche..." (3).

(2) RUIDÍAZ DE GUZMÁN, *id.*, *id.*, pp. 30, 31.

(3) RUIDÍAZ, pp. 31-32.

2) LA TRAGEDIA AMOROSA

La traición se desenvolvió como los caciques la habían preparado. Los que dormían dentro del fuerte se levantaron cuando estaban todos dormidos y mataron a los guardias, volaron el depósito de municiones de los españoles dejándoles sin pertrechos para sus armas de fuego y abrieron la puerta del fortín a los indios que esperaban agazapados para el asalto.

Los españoles acudieron rápidamente a la defensa, a pesar de la sorpresa y de la falta de combatientes, pues casi la mitad andaban fuera, como sabemos, pero la superioridad de los atacantes decidió a su favor la victoria, con muerte de casi todos los defensores. En el transcurso de la narración de la refriega, nos enteramos de que no era Lucía Miranda la única mujer que vivía en el fortín, sino otras varias, como veremos.

“A este mismo tiempo—cuenta Ruidíaz—el capitán Don Nuño procuraba acudir a todas partes, y herido por muchas y desangrado sin poder remediar nada, con valeroso ánimo se metió en la mayor fuerza de enemigos, donde encontrando con él Mangoré, le dió una gran cuchillada, y asegurándole con otros dos golpes, le derribó muerto en tierra, y continuando con grande esfuerzo y valor, fué matando otros muchos caciques e indios, con que ya muy desangrado y cansado con las muchas heridas cayó en el suelo, donde los indios le acabaron de matar con gran contento de gozar de la buena suerte en que consistía el buen efecto de su intento; y así con la muerte de este capitán fué luego ganada la fortaleza, y toda ella destruída sin dejar hombre a vida, escepto *cinco mugeres que allí había con la muy cara Lucía Miranda*, y algunos tres o cuatro muchachos que por ser niños no los mataron, y fueron presos y cautivos, haciendo montón de todo el despojo para repartirlo entre toda la gente de guerra, aunque esto más se hace para aventajar a los valientes y para los caciques y principales escojan y tomen para sí lo que mejor les pareciere” (4).

Además de la muerte de todos aquellos desgraciados defensores del fuerte y de la completa destrucción de éste, la cosa no acabó aquí, sin embargo. El trágico amor por la hermosa

(4) *Ibid.*, pp. 32-33.

española que había costado tan caro a tantos de sus compatriotas, fué heredado ahora, muerto Mangoré, por su hermano Siripó, que reservándose como botín para sí a la bella prisionera, trató de ganarse de grado el afecto de la que poseía ya por la fuerza, “... y así, de todos los despojos que aquí se ganaron, no quiso por su parte tomar otra cosa que por su esclava a la que por otra parte era señora de su albedrío...” (5).

El cronista nos describe minuciosamente los esfuerzos del indio por conquistar a Lucía, así como el terrible duelo de ésta por la situación en que se hallaba, así como por la separación de su marido y por saberse causante, aunque involuntaria, de la gran tragedia que había afligido a tantos de sus compatriotas.

Entretanto, llegaron los expedicionarios y entre ellos el esposo de la cautiva, el cual no pudiendo sufrir el que su esposa estuviese en manos de los indios, se salió un día secretamente y se entregó prisionero a Siripó, para que lo tuviese como esclavo si quería, con tal que le dejase convivir con su esposa. No contaba el desgraciado, con que el cacique había heredado a la vez de su hermano la pasión causante del desastre, por lo que aquél quiso matarle. Consiguió, sin embargo, Hurtado escapar de la muerte, con la promesa de que renunciaba a la mujer, aunque el cacique le ofreció regalarle cuantas esposas deseara.

Los enamorados esposos, después de sufrir en silencio por algún tiempo su desgracia, trataron de verse en secreto, pero una india que había sido abandonada por Siripó desde que éste poseía a la prisionera, llevada por los celos, comunicó al cacique las entrevistas secretas de los esposos. Siripó trató de sorprenderlos, lo que consiguió al cabo. “Al fin se le cumplió su deseo, y cogidos, con infernal rabia mandó hacer una grande hoguera para quemar a la buena Lucía, y puesta en ejecución la sentencia, ella la aceptó con gran valor, sufriendo aquel incendio donde acabó su vida como verdadera cristiana, pidiendo a Dios Nuestro Señor tuviese misericordia de ella y perdonase sus grandes pecados; y en seguida el bárbaro cruel mandó asaetear a Sebastián Hurtado, y así lo entregó a muchos mancebos que le ataron de pies y manos y amarraron a un algarrobo; donde fué flechado por aquella bárbara gente, hasta que acabó su vida;

(5) *Ibid.*, p. 33.

arpado todo el cuerpo y puestos los ojos en el cielo, suplicaba a Nuestro Señor le perdonase sus pecados de cuya misericordia es de creer que marido y mujer estén gozando su santa gloria. Todo lo cual acaeció el año 1532" (6).

Así acabó la triste aventura de aquella desgraciada mujer cuya belleza había acarreado la ruina de muchos hombres, y con la destrucción del fortín la amistad entre indios y conquistadores, alejó la posibilidad de seguir en aquellas tierras que los restantes hombres abandonaron a poco.

De sus heroicos sufrimientos quedó algo más que un nombre en la historia, puesto que su ejemplo debió servir por igual a los indios y a los supervivientes. El deseo de no traicionar a su marido dió en las tierras del Plata el primer ejemplo de lealtad cristiana que los españoles sembraron en aquellas latitudes. Entregándose al cacique hubiera podido sin duda alguna, salvar la vida propia y la de su esposo, pero el amor leal pudo mucho más, y la muerte entre tormentos selló el heroísmo de aquella maravillosa mujer.

3) MUJERES EN LA EXPEDICION DE PEDRO DE MENDOZA

A pesar de la tragedia que había dejado a sus espaldas sin saberlo, las noticias de Caboto animaron a la corte española cuando llegó a la península en el año 1553. El hombre que consiguió de Su Majestad la dirección de la nueva expedición al Plata, don Pedro de Mendoza, alcanzó lo que se consideraba tan señalada merced, gracias a la mediación de una mujer, la esposa del famoso secretario del emperador, Francisco de los Cobos. Aunque a distancia esta vez, seguía la mujer teniendo muy honda participación en las empresas del Plata y sus resultados.

"De tal manera—cuenta Ruidíaz—supo (Gaboto) ponderar el negocio, que algunos caballeros de caudal pretendieron esta conquista y gobernación, en especial un criado de la casa real, gentilhomme del emperador Nuestro Señor, llamado don Pedro de Mendoza, deudo muy cercano de doña María de Mendoza, mujer del señor don Francisco de los Cobos, el cual tuvo

(6) *Ibid.*, pp. 34-35.

negociación de que S. M. le hiciese merced de esta gobernación con título de Adelantado..." (7).

La historia ha conservado el recuerdo de esta desgraciada expedición que fracasó principalmente por las dificultades de establecerse en un lugar donde solamente los trabajos agrícolas hubiesen podido proporcionar a los conquistadores los víveres imprescindibles. No trataron de dedicarse a ésto, y el hambre les acabó, pues los indios no fueron—como antes—los auxiliares de los españoles.

El cronista nos cuenta numerosos pormenores de los preparativos de embarque de la expedición, y nos facilita una larga lista de los que tomaron parte en la empresa, a la cual asistió por cierto un hermano de la famosa Santa de Avila, Teresa de Jesús. Sin embargo, en esta larga lista, que ocupa casi dos páginas de su crónica, no menciona el nombre de mujer alguna. No obstante, como sucede en el caso de Lucía Miranda, una circunstancia excepcional, le mueve a informarnos de la existencia de mujeres en esta expedición.

Después de la primera fundación de Buenos Aires y de haber realizado algunas expediciones sin éxito aguas adentro del estuario del Plata, tras haber perdido muchos hombres entre ellos un hermano suyo, las tropas de Mendoza se vieron acosadas por el hambre más espantosa. Es entonces cuando aparece la mujer "novelesca" de esta expedición, como protagonista de un suceso que emula la fama del famoso Androcles de la historia antigua.

Cuenta el cronista: "Finalmente murió casi toda la gente, donde sucedió que una mujer española, no pudiendo sobrellevar tan grande necesidad, fué constreñida a salirse del real, e irse a los indios para poder sustentar su vida; y tomando la costa arriba, llegó cerca de la Punta Gorda en el Monte Grande, y por ser ya tarde, buscó donde albergarse, y topando con una cueva grande que hacia la barranca de la misma costa, entró en ella y repentinamente topó con una fiera leona que estaba en doloroso parto, que vista por la afligida mujer quedó ésta muerta y desmayada... La leona que vió la presa acometió a hacerla pedazos; pero usando de su real naturaleza, se apiadó

(7) *Ibid.*, p. 39.

de ella, y desechando la ferocidad y furia con que la había acometido, con muestras halagüeñas, llegó así a la que yacía poco caso de su vida, y ella cobrando algún aliento, la ayudó en el parto en que actualmente estaba, y venido a luz, parió dos leoncillos; en cuya compañía estuvo algunos días sustentada de la leona con la carne que traía de los animales con que quedó bien agradecida de los pedazos por el oficio de comadre que usó; y acaeció que un día corriendo los indios aquella costa toparon con ella una mañana al tiempo que salía a la playa a satisfacer la sed en el río, donde la sorprendieron y llevaron a su pueblo tomándola uno de ellos por mujer..." (8).

Algún tiempo después, un puñado de españoles salió a correr la tierra y encontró a la buena mujer que de tan buen grado se había quedado con los indios. El capitán que los mandaba, para castigar lo que consideraba una traición, se llevó a la mujer y decidió matarla, pero para no poner las manos en ella, ordenó que la atasen a un árbol para que se la comiesen las fieras. "... acudieron aquella noche a la presa gran número de fieras para devorarla, y entre ellas vino la leona a quien esta mujer había ayudado en su parto, y habiéndola conocido, la defendió de las demás que allí estaban y querían despedazarla..." (9).

Cuando al día siguiente fueron los brutales soldados a ver el resultado de la hazaña, todavía estaba allí la leona a su cuidado, y asombrados del suceso, y conmovidos al ver que la fiera había sido más compasiva que ellos mismos, la desataron y llevaron consigo al real. "De esta manera quedó libre la que ofrecieron a la muerte, echándola a las fieras. Esta mujer—asegura el cronista—yo conocí, y la llamaban la maldonada, que más bien se podía decir Biendonada; pues por este suceso se ve no haber merecido el castigo a que le expusieron, pues la necesidad había sido causa a que desamparase a los suyos y se metiese entre aquellos bárbaros. Algunos atribuyen esta sentencia tan rigurosa al capitán Alvarado y no a Francisco Ruiz, más cualquiera que haya sido el caso sucedió como queda dicho, y no carece de crueldad casi inaudita" (10).

(8) *Ibid.*, p. 47.

(9) *Ibid.*, p. 50.

(10) *Ibid.*, pp. 50-51.

4) MUJERES EN LA EXPEDICION DE CABEZA DE VACA

Algún tiempo más tarde de estos sucesos, fué enviado—como se sabe—para socorrer a la precaria colonia, el famoso explorador y conquistador Alvar Núñez Cabeza de Vaca, con lucida tropa. Y nuevamente como no podía ser menos, se repite la historia en el relato de estas expediciones. La lista de los participantes es larguísima, pero las mujeres que en ella formaban, y que por el escaso número debió al menos merecer una mención, siquiera fuera colectiva, se omiten por entero. Más tarde, sin embargo, casi casualmente, se las nombra.

"Halló el Adelantado en esta costa dos españoles de los de la armada de don Pedro, que con la hambre y malos tratamientos de los capitanes de Buenos Aires, habían desertado. El uno era de quien se decía que había comido a su compañero. De estos se informó el Adelantado del estado de la provincia, con lo cual, y con acuerdo de sus capitanes, se determinó de ir por tierra desde aquel paraje hasta la Asunción, donde estaban juntos los conquistadores; y que los navíos con la gente de mar, y alguna otra impedida con las mujeres prosiguiesen hasta tomar el Río de la Plata, dejando las dos naos más gruesas en San Gabriel; y con este acuerdo envió el Adelantado al factor Pedro de Orantes que le descubriese el camino, el cual habiendo salido a los rasos y pinales, halló mucha gente natural con quien trabó amistad" (11).

Durante esta misma expedición, Cabeza de Vaca había tenido graves cuestiones con ciertos frailes que le acompañaban, y que ahora no hacen al caso, pero influyó muchísimo en la animosidad que profesaban dichos religiosos al Adelantado, el haberles éste amonestado por el mal ejemplo que daban a los soldados con un grupo de cerca de treinta mujeres que llevaban consigo, de doce a veinte años, a las cuales tenían encerradas y en ocasiones apaleaban. No permitían, además, que ningún soldado cortejase a estas mujeres, por lo que hubo constantes revertas.

Cabeza de Vaca cuenta en sus "Comentarios" que "... por celos que tuvieron con un indio principal que truxeron del río

(11) *Ibid.*, pp. 65-66.